

lejano número de la *Revista de Occidente* (Madrid); las colecciones de *Inicial*, *Proa*, *M. Fierro* y *Revista de América* (Erro)». Entre esas pocas señales, hay una nota que llama particularmente la atención: «A pesar de los elogios producidos en torno a su obra, todavía no he leído el comentario detenido y completo que la literatura de B. se merece. Ahora vengo yo con la pretensión de anotar todo lo que pueda, todo lo observado al margen de sus libros.» Pero la proverbial renuencia de Mastronardi a publicar parece haber frustrado la expectativa que suscitan los indicios, y la deriva de los apuntes queda muy lejos de la realización de aquella exégesis «detenida y completa» que según Mastronardi la obra de Borges merecía y todavía no había obtenido. Más adelante, en uno de los fragmentos más enigmáticos, leemos: «(Nos?) Tanto material vívido pude acopiar y tantos recuerdos preciosos jalonan los años que compartiera con B. que en verdad me siento incapacitado para escribir un libro aburrido.» La antífrasis introduce un vuelco inesperado en el segundo miembro de esta oración, y hace que la connotación eufórica de los materiales «vívidos» y los recuerdos «preciosos» del primer miembro se vea desmentida por la ambigua denegación que subyace en adjetivos tan disfóricos como «incapacitado» y «aburrido». ¿Cómo leerla? ¿Temor de escribir un libro aburrido, o temor, simplemente, de no escribir ningún libro?

La cuestión parece indecible, y tal vez lo más relevante no sea preguntarse si Mastronardi quiso hacer un libro sobre Borges y no lo logró y por qué. Conociendo las interminables reelaboraciones a que sometía sus escritos, se podría suponer que la larga dilación del proyecto lo tornó irrealizable a medida que la obra creciente de Borges empezó a ser objeto de una cada vez mayor atención de la crítica a partir de su consagración en los años sesenta, un proceso que Mastronardi llegó a ver pero que no comentó en estos papeles. Más interesante es tomar estos materiales tal como él los conservó, con su desorden fragmentario, sus reescrituras y agregados, y comprobar la fijación asombrosa a lo largo de tantos años con la figura de Borges para registrar luego, partiendo de esa constatación insoslayable, cuáles eran los recuerdos, las observaciones personales y los juicios que anotaba, cuáles sus hallazgos críticos, sus acuerdos y desacuerdos con las ideas del escritor y el amigo. Es verdad que la abrumadora proliferación de la crítica borgiana, que a esta altura prácticamente no ha dejado aspectos anecdóticos ni textuales sin escudriñar, hace difícil encontrar hoy en estos papeles novedades sorprendentes. Aun así, podrán leerse en ellos algunos escorzos de primera mano sobre los hábitos, la personalidad y

las ideas poéticas de Borges, no filtrados por la férrea vigilancia que se advierte en las abundantes entrevistas y reportajes que concedió. Pero una lectura que, dejando en segundo plano el objeto manifiesto de los apuntes, se volviera hacia su autor, permitiría apreciar tanto la sensibilidad lingüística de Mastronardi como su agudeza crítica. Permitiría también advertir una vez más la notable sintonía de algunas de sus ideas literarias con las de Borges y, a partir de eso, el sutil contrapunto que establece con ellas al plantear divergencias sobre algunos asuntos, como la función de la rima o la necesidad de las gradaciones que preparan los efectos poéticos. Desde esa perspectiva, el Borges de Mastronardi empieza a revelarse como un autorretrato indirecto, en el cual el inacabamiento y la postergación encuentran su razón de ser, acordes con la morosidad de sus hábitos escriturarios y su resistencia a publicar.

* * *

Entre los recuerdos recogidos en las notas, los más previsibles son los que refieren a las caminatas nocturnas por los suburbios, que más allá de su reconocido valor testimonial permiten a veces captar la materia prima que los textos de Borges transformaron en experiencia poética. Menos previsible es el lado nada pintoresco que pudieron revestir a veces esas incursiones, cuando ante la percepción de la miseria irrumpe un malestar que perturba la mirada estetizante. Entre conversaciones literarias y episodios a veces jocosos, Mastronardi anotó dos veces una misma escena, algo infrecuente en estas notas que prácticamente ignoran la repetición. La primera vez (en esta ordenación), con escueta sobriedad: «1927. Caminamos por el apartado barrio de Saavedra, donde abundan los ranchos de lata y las calles de tierra. B. comenta con cierto ardor en la voz: “Si uno viviera aquí pondría bombas! No tendría otra salida!”». La segunda, en versión recargada de énfasis literarios, en la que puede reconocerse una figura ilustre: «Íbamos nocturnos por un arrabal donde prosperaban siniestros ranchos de lata. Quizá por Núñez y por 1926. Esa quietud era ofendida por el lodazal y la basura. Tras un silencio, B. dijo con sombría vehemencia: ‘Si uno viviera aquí, tendría que poner bombas... No habría otra salida!’». Este retorno de la escena, esta reescritura con variantes de un episodio de protesta social es otra de las anomalías de estos apuntes que queda abierta a la interpretación.

El recuerdo de esos paseos fue puntualmente confirmado por Borges. En 1975, cuando la Fundación Argentina para la Poesía dio el

Gran Premio de Honor a Mastronardi, recordó en un discurso el primer encuentro en la librería de Samet y evocó: «Tengo tantos recuerdos, compartimos tantos recuerdos con Mastronardi: caminatas por las orillas de Buenos Aires, caminatas por Saavedra, por La Paternal, por Puente Alsina, donde vimos amanecer una mañana. Y discusiones. Discusiones sobre temas literarios. Sobre todo sobre Valéry, a quien yo nunca he podido admirar como sin duda lo merece ese gran poeta, y que Mastronardi admira.». Un comentario adicional permite intuir que la frecuentación asidua declinó a medida que ascendía la fama internacional de Borges: «Con Mastronardi hemos profesado una curiosa amistad. Una amistad que no ha necesitado la frecuencia; a veces hemos pasado un año sin vernos. Pero no ha significado una sombra en nuestra amistad; ha significado simplemente ese hecho que acabo de decir. El hecho de que nos sentíamos amigos y podíamos serlo sin frecuentarnos, sin confirmaciones, sin dudas de ninguna especie. Yo siempre lo he sentido muy cerca. Quizá nunca lo sentí más cerca como durante mis años de Texas en New England»¹.

Mastronardi, por su parte, brinda otro dato sobre los cambios en los hábitos de relación de Borges: «Hasta 1930 poco más o menos muchos escritores jóvenes comían periódicamente en su casa. Después, la enfermedad de su padre y, más tarde, el fuerte rito amistoso que lo llevaba, por las noches, a la casa de S. Ocampo y Bioy C., borraron parcialmente aquella costumbre». Aunque existen testimonios acerca de la común amistad de Mastronardi con los Bioy, incluido algún proyecto de escritura en colaboración, no hay en las notas comentarios que den cuenta de su participación en ese ritual. Los hay en cambio sobre una visita de fines de los años cuarenta a la casa de los Borges en Adrogué, de la que queda la nítida imagen de «un informe gatito barcino» que a Borges «le parecía un ícono*, un cachorro de león, un objeto mágico y mil cosas más» y de unos perros gemelos y simétricos de rara belleza que despertaron su admiración y la de Norah Borges. Si Mastronardi muestra su sorpresa ante el cariño que le inspiran a Borges los perros y gatos hambrientos que frecuentaban la casa, él sorprende a su turno con la capacidad de captar el detalle y estampar para siempre la representación vívida de esos animales que, como observó un conocido poeta al hojear estos apuntes, seguirán existiendo para nosotros porque una vez fueron objeto de la atención de Borges.

¹ Jorge Luis Borges, *Textos recobrados. 1956-1986*, Buenos Aires, Emecé, 2003.

* Ícono: icono.